



VI Domingo del Tiempo Ordinario

12 Febrero 2023

Cumplir la voluntad de Dios expresada en los mandamientos, no es inclinar la cerviz, dejarse esclavizar y someterse a una humillación, sino que es "prudencia", es obrar con sabiduría: Dios conoce al ser humano, lo ha creado para la felicidad, quiere su máximo bien, que consiste en participar de su misma vida, amor y felicidad. Los mandamientos conducen al ser humano a la vida plena, a su felicidad. Quien los rechaza, se degrada como ser humano y se dirige a su propia destrucción, al más terrible fracaso existencial. Y no se trata de que Dios lleno de ira lo castigará por haberlo rechazado, sino de que el hombre, habrá escogido él mismo un destino eterno sin Dios, un destino de muerte. Dios, en respeto a la libertad que le ha regalado a su criatura humana, respetará también su opción. Quien comprende que los mandamientos son el camino hacia esa dicha plena y a la plena realización humana no cesa de rezar como el salmista y de comprometerse en un "sí" que se traduce en la vida cotidiana.

La Ley y los Profetas eran las dos secciones principales de la sagrada Escritura judía. En cuanto revelación divina se la consideraba eterna e irrevocable. El Señor Jesús proclama que Él no vino a abolir o abrogar ni la Ley ni los Profetas, sino a llevar lo que aún es imperfecto a su estado de perfección, de plenitud. ¿De qué manera? Proponiendo nuevamente el verdadero sentido de prescripciones deformadas por una mala interpretación, o añadiendo nuevas enseñanzas o prescripciones. Debido a este perfeccionamiento la Ley y los Profetas se convierten en «ley de Cristo». Como Él la interpreta es como sus discípulos han de observarla en adelante, sin "saltarse" o descuidar «uno sólo de los preceptos menos importantes».

Muchas veces basta que nos prohiban algo para que se despierte en nosotros la curiosidad y el deseo de "hacer lo prohibido". No pocas veces "el fruto prohibido" aparece más apetecible a

Monición de Entrada

El Hijo de Dios proclama que nunca fue si o no; por eso a través de Cristo es como decimos Sí a Dios.

Que el Espíritu de Jesús esté siempre con vosotros.

R/ Y con tu espíritu.

Acto Penitencial

Oración Colecta

Oh Dios, prometiste habitar en los corazones rectos y sinceros, concédenos vivir de tal manera que merezcamos tenerte siempre con nosotros.

Por nuestro Señor Jesucristo.

Primera Lectura

Lectura del libro del Eclesiástico. (Eclo 15, 15-20)

A nadie obligó a ser impío.

Si quieres, guardarás los mandamientos y permanecerás fiel a tu voluntad. Él te ha puesto delante fuego y agua, extiende tu mano a lo que quieras. Ante los hombres está la vida y la muerte, y a cada uno se le dará lo que prefiera. Porque grande es la sabiduría del Señor, fuerte es su poder y lo ve todo. Sus ojos miran a los que le temen, y conoce todas las obras del hombre y a nadie dio permiso para pecar.

Palabra de Dios.

Salmo Responsorial

Salmo de respuesta 118

R./Dichoso el que camina en la ley del Señor.

Dichoso el que, con vida intachable, camina en la ley del Señor; dichoso el que, guardando sus preceptos, lo busca de todo corazón. **R.**

Tú promulgas tus mandatos para que se observen exactamente. Ojalá esté firme mi camino, para cumplir tus decretos. **R.**

Haz bien a tu siervo: viviré y cumpliré tus palabras; ábreme los ojos, y contemplaré las maravillas de tu ley. **R.**

Muéstrame, Señor, el camino de tus decretos, y lo seguiré puntualmente; enséñame a cumplir tu ley y a guardarla de todo corazón. **R.**

Segunda Lectura

Lectura de la primera carta del apóstol san Pablo a los Corintios. (1 Cor 2, 6-10)

Dios predestinó la sabiduría antes de los siglos para nuestra gloria.

Hermanos, hablamos entre los perfectos, una sabiduría que no es de este mundo, ni de los príncipes de este mundo, condenados a parecer, sino que enseñamos una sabiduría divina, misteriosa, escondida, predestinada por Dios antes de los siglos para nuestra gloria. Ninguno de los príncipes de este mundo la ha conocido, pues, si la hubiesen conocido, nunca hubieran crucificado al Señor de la gloria. Sino que, como está escrito: << Ni el ojo vió, ni el oído oyó, ni el hombre puede pensar lo que Dios ha preparado para los que lo aman >>. Y Dios nos lo ha revelado por el Espíritu; pues el Espíritu lo sondea todo, incluso lo profundo de Dios.

Palabra de Dios.

Evangelio

Lectura del santo evangelio según san Mateo (Mt 5, 20-22a)

Así se dijo a los antiguos; pero yo les digo.

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: <<Les digo que si su justicia no es mayor que la de los escribas y fariseos, no entrarán en el reino de los cielos. Han oído que se dijo a los antiguos: “No matarás”, y el que mate será reo de juicio. Pero yo les digo: todo el que se deje llevar de la cólera contra su hermano será procesado. Han oído que se dijo: “No cometerás adulterio” pero yo les digo: todo el que mira a una mujer deseándola, ya ha cometido adulterio con ella en su corazón. También han oído que se dijo a los antiguos “No jurarás en falso” y “cumplirás tus juramentos al Señor”. Pero yo les digo que no juren en absoluto. Que su hablar sea sí, sí, no, no. Lo que pasa de ahí viene del maligno>>.

Palabra del Señor.



Oración Universal

Pidamos a Dios nuestro Padre, cuya ley es la luz de nuestra vida. Digamos:

R/ Señor, libera a tu pueblo.

1. Por la santa Iglesia de Dios: para que en toda Palabra y obra sea testigo claro del Señor Jesús en quien cree y espera. Roguemos al Señor.

2. Por los que rigen los destinos de los pueblos, para que gobiernen con rectitud y justicia. Roguemos al Señor.

3. Por todos los que viven al margen de

la Iglesia, para que descubran en ella la presencia de Cristo Salvador y no sufran escándalo por nuestro pecado. Roguemos al Señor.

4. Por nosotros, aquí reunidos, que comemos y bebemos en la mesa del Señor, para que, esforzándonos en entrar por la puerta estrecha, seamos admitidos en el banquete del reino glorioso. Roguemos al Señor.

Oración del Sacerdote

Extiende, Padre tu mano sobre la humanidad cansada y agobiada; concédenos a nosotros una fe firme y valiente en el testimonio profético de tu reino.

Te lo pedimos por Jesucristo nuestro Señor. Amén.



Oración sobre las Ofrendas

Esta ofrenda, Señor, nos purifique y renueve y sea causa de recompensa eterna para quienes cumplimos tu voluntad.

Por nuestro Señor Jesucristo.



Oración después de la Comunión

Alimentados con el pan de la Eucaristía, te pedimos, Señor, buscar siempre las fuentes de la verdadera vida.

Por nuestro Señor Jesucristo.

la vista que todos los demás frutos de todos los árboles que se encuentran en el paraíso. Pareciera que somos rebeldes por naturaleza, sobre todo en la juventud, cuando queremos afirmar nuestra personalidad y no queremos que nadie nos imponga lo que tenemos que hacer, cuando queremos hacer lo que nos viene en gana, lo que se nos antoja, cuando bullen las pasiones, cuando la vitalidad nos hace creer que somos autosuficientes, que debemos valernos por nosotros mismos y podemos vivir sin límites, libres de toda normatividad o barrera moral. Toda ley nos parece limitante, opresiva, una restricción que constriñe nuestras energías, nuestra vitalidad. Queremos ser como potros salvajes, andar libres por la pradera. Nos resistimos cuando alguien quiere domar nuestras fuerzas para orientarlas debidamente. Sólo queremos galopar loca y descontroladamente por la pradera, sin importarnos nada, creyendo que vamos a alcanzar las más altas cumbres cuando en realidad nos estamos dirigiendo ciegamente hacia el abismo.

Cuando nos encontramos ante la Ley de Dios nos comportamos todos como adolescentes rebeldes, como aquel joven que le pide a su padre que le adelante la herencia porque está harto de vivir con él en su casa sin poder gozar de la vida y construir su propio destino. Creemos que Dios nos pone demasiados "no", que todo es una prohibición. Pensamos que nuestra libertad está por encima de todo, y ciertamente es sagrada, pero tristemente olvidamos que esa libertad es un don de Dios mismo.

Lamentablemente no llegamos a comprender que su Ley, buscan señalarnos el camino para llegar finalmente al destino que todos anhelamos: la plenitud humana, la felicidad, la dicha que no acabe nunca. Es como cuando emprendemos viaje en automóvil por una carretera riesgosa: los carteles nos van indicando, señalando cuándo hay una curva peligrosa, cuándo hay que disminuir la velocidad, cuándo hay que parar, cuándo hay que tomar precauciones porque pasamos por una zona de derrumbes, cuándo la pista se torna resbalosa, cuándo debemos estar atentos para

no desbarrancarnos por un precipicio. Todas esas señales restrictivas están puestas allí como advertencia, buscan cuidar nuestra vida para que lleguemos felizmente a nuestro destino.

Así es la Ley de Dios: contiene restricciones, pero son advertencias para el ser humano, para que no se destruya a sí mismo y no haga daño a otros haciendo un uso caprichoso de su libertad. Todos los mandamientos conducen al amor, y en primer lugar al amor a Dios que está llamado a nutrir todos nuestros amores humanos, llevándolos así a su auténtico despliegue y plenitud.

Conviene preguntarnos: ¿Cuánta importancia le damos a los Mandamientos? ¿Los puedo enumerar en este momento? ¿Los recuerdo bien? ¿Los tengo en mente en mi diario accionar? ¿Hago de ellos mi norma de conducta, luz que guíe mis pasos? ¿Hago del mandamiento del Señor Jesús mi norma suprema? ¿Procuro cada día, en cada momento, amar como Él me ha amado? ¿No es hora de volver a asumir los mandamientos divinos como norma de conducta, como criterio moral para mi diario actuar?

Seguramente nos preguntamos: ¿es posible cumplir los mandamientos? ¿Quién puede dominar su lengua, de tal modo que no profiera insulto alguno contra su prójimo? ¿Quién es capaz de buscar a quien lo ha ofendido y perdonarlo sin más? ¿Qué hombre es capaz de mirar a una mujer hermosa, atractiva, provocativamente vestida, sin experimentar en lo secreto de su corazón algún tipo de deseo? ¿No es pedirle ir en contra de su naturaleza humana? ¿No es demasiado lo que el Señor pide? ¿No es poco realista? Así, ¿quién podrá salvarse? ¿Quién?

Sin el Señor, es imposible, pero con Él, amándolo a Él sobre todo, todo lo podemos. No dejemos de acudir a Él en los sacramentos que nos ha dejado en su Iglesia: la confesión sacramental y la Eucaristía. Y poniendo todo lo que está de nuestra parte, mantengámonos tercamente perseverantes en la oración, confiados en que Él nos dará la fuerza de su Espíritu toda vez que se lo pidamos con fe.